

XVI Congreso: Católicos y Vida pública

La Familia en el centro del desarrollo humano

**Informe introductorio de
Mons. Vincenzo Paglia
Presidente del Pontificio Consejo para la Familia
Madrid 3 de Noviembre del 2014**

Preámbulo

Queridos amigos de la Asociación Católica de los Propagandistas tengo el honor y el placer de dirigirme a ustedes que, en calidad de laicos creyentes, sentís la responsabilidad de dar testimonio en medio de la sociedad de la fe cristiana. Este XVI Congreso, que trata del tema de la Familia, os hace reflexionar sobre uno de los aspectos fundamentales de la sociedad humana y en un momento extraordinario que definiría como un verdadero “tiempo oportuno”, un “kairòs”. Acaba de terminar el Sínodo Extraordinario de los Obispos con el tema: “Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización” y estamos ya en camino hacia el Sínodo Ordinario en octubre del 2015 en el que se reflexionará sobre “La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo”. Los trabajos de este XVI Congreso forman parte de manera singular de este camino “sinodal” de la Iglesia. Se adaptan plenamente a un movimiento de comunión y de reflexión que nos une al compromiso de los católicos de todo el planeta. Es muy importante señalar que, entre todas las instituciones nacionales e internacionales, la Iglesia Católica es la única que se hace cargo de las cuestiones relativas de la familias de nuestro tiempo. Se trata de una grande responsabilidad que el Señor y la historia nos confían.

Globalización e "individualización" de la sociedad

Tenemos ante nuestros ojos la profunda crisis que hoy atraviesa la familia en todo el mundo, sobre todo, allí donde el nivel de vida aumenta. La hegemonía de una cultura individualista y parece que tiene como primer efecto el debilitamiento y la destrucción de la familia y, con la familia, de toda forma de vida asociada estable. No se trata de un proyecto explícito porque, entre otras cosas, todo el mundo ve la gran utilidad que tiene la institución familiar, creadora de una forma estable de tejido social. Esta crisis es más bien la consecuencia de una serie de procesos económicos, sociales y culturales fruto del progreso económico y de la modernización cultural. Pero a diferencia del pasado – cuando, por citar un ejemplo, André Gide, al final del ochocientos, gritaba: “¡Familia, te odio!” – hoy en día la cultura preponderante no niega la familia, sino que la sitúa al mismo nivel que otras nuevas formas de experiencia relacional que son aparentemente compatibles con ella, pero que en realidad la quebrantan. A cualquier modalidad de “estar juntos” se le llama matrimonio o familia puesto que – se dice – hay amor.

Esta es la razón para estar a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo, sin comprender realmente la diferencia existente entre el amor conyugal, finalizado naturalmente a la procreación, y las otras múltiples formas de amor-amistad, obviamente todas legítimas e incluso dignas de ser respetadas y defendidas pero que no representan a la pareja varón y mujer, la única que está capacitada para procrear. El amor conyugal posee una dimensión propia que lo distingue de todos los demás. Afirmar que todas las uniones basadas en el amor son iguales no corresponde con la verdad, pues no se trata solamente de la categoría afectiva y del concepto de igualdad. Si se consideran iguales cosas diversas solo para garantizar una igual dignidad y unos iguales derechos esto quiere decir que sobre la base de la falsedad se construye un reconocimiento que es debido también – y quizás podríamos decir sobre todo – a la diferencia.

En efecto, nos encontramos ante un reto que podríamos llamar “de la época”. Por primera vez en la historia se interrumpe el nexo que une “matrimonio-familia-vida”, desde siempre y justamente reconocido como la continuación de la vida y de la sociedad humana y no solo en la tradición católica sino de manera universal en todo el mundo. Este tríptico se ha descompuesto y cada uno – como en un delirio de omnipotencia- lo recompone a su antojo: cualquier tipo de unión

se puede llamar matrimonio, toda forma de estar juntos se puede llamar familia y los hijos se pueden tener de cualquier manera, incluso en los laboratorios.

La afirmación del filósofo francés Gilles Lipovetsky nos hace reflexionar cuando este decía que la sociedad contemporánea está marcada por una “segunda revolución individualista”, y también lo que el sociólogo francés, Nicole Aubert, señala como un avance del “individuo hipermoderno”. En un contexto tal es muy fácil que se prefiera la cohabitación al matrimonio y la independencia individual a la dependencia recíproca. La familia, desde siempre definida como “célula básica de la sociedad” se percibe como “célula básica para el individuo”: cada uno de los dos cónyuges concibe al otro en función de él mismo; cada uno busca su propia individualización más que la creación de un "sujeto plural" que trascienda las individualidades para crear un "nosotros" capaz de hacer frente a la construcción de un futuro común. El yo, nuevo amo de la realidad, se convierte en amo absoluto también en el matrimonio y en la familia. La cultura exaspera tanto la noción de individualidad que provoca una auténtica idolatría del yo. El sociólogo italiano Giuseppe De Rita habla de "egolatría", de un auténtico culto del yo.

Con el debilitamiento de la cultura de la familia, se debilita también la cultura de la misma sociedad. Sociólogos, como Alain Touraine, hablan de “la fin des sociétés” (el fin de las sociedades), con todas las consecuencias de reorientación que esto conlleva. Y, en efecto, asistimos a la crisis de las numerosas formas comunitarias que habíamos conocido hasta hoy, desde los históricos partidos de masas hasta la comunidad ciudadana, desde la crisis de la sociedad de las naciones hasta la misma familia, entendida como dimensión asociada de existencia.

Tal dato queda confirmado por el ininterrumpido crecimiento en muchos países *del* número de familias "unipersonales". Si por una parte asistimos al derrumbe de las familias tradicionales (padre-madre-hijos), por otra vemos un incremento de familias formadas por una sola persona. Eso significa que la disminución de matrimonios religiosos y civiles no se ha traducido en la formación de otras formas de convivencia, como por ejemplo las denominadas parejas de hecho, sino en el aumento de personas que deciden vivir solas. Esto significa que se considera insoportable todo lazo que implique compromiso. La exaltación absoluta del individuo lleva a la disolución de aquellos lazos que sean mínimamente firmes y duraderos.

La consecuencia de todo ello es que vamos hacia una sociedad des-familiarizada, es decir, con una tasa baja de sociabilidad. Una cultura individualista de ese tipo comporta el debilitamiento de todos los lazos y tiñe de incertidumbre el presente y el futuro tanto de las personas como de las sociedades. Cuando Zigmunt Baumann habla de «sociedad líquida», retrata una sociedad con unos lazos estructuralmente inciertos, pues, en definitiva, nadie se puede fiar de nadie. Las relaciones estables son consideradas como algo imposible, por lo que no vale la pena ni siquiera buscarlas. Y si en el fondo del alma humana existe el deseo de estabilidad, es arrancado de cuajo apenas sale al descubierto. La globalización contemporánea traslada esa tendencia a nivel mundial. Lo que se globaliza es, pues, el mercado y el individualismo, dos dimensiones que encajan perfectamente entre sí.

Por eso cuando la cultura contemporánea plantea el objetivo de la autonomía absoluta del individuo, está engañando porque propone un objetivo irreal y – lo que es más grave – no prepara para hacer frente al esfuerzo y a los sacrificios que requiere toda relación duradera y verdadera. Una de las más preocupantes desviaciones que conlleva una tal cultura es la incapacidad de la sociedad contemporánea para enseñar cómo se construye una familia y como se puede mantener en el tiempo.

La familia es una forma social única

En todo caso esto no anula el valor único que representa la familia. De hecho, es la única forma social que permite articular de manera estable los dos tipos de relaciones que definen la familia, es decir, la definición sexual (varón-hembra) y la definición generacional (padre-hijo). En la familia, a diferencia del individualismo reinante (basado en el ideal de autonomía y de independencia) y de los modelos procesuales y abstractos (basados en una concepción ‘cuantitativa’ de la igualdad y de los derechos), existe una ‘interdependencia constituyente y constitutiva’, además de una ‘reciprocidad asimétrica’. Se trata de una diferencia cualitativa e irreducible, custodiada y acompañada en el vínculo y en la reciprocidad. Tal familia es el DNA de la sociedad que hacía ya decir a Cicerón: *familia est principium urbis e quasi seminarium rei publicae*.

En un mundo en el que cada opción está cada vez más marcada por el aspecto provisorio, la familia permanece como el lugar de las relaciones fuertes que inciden de manera profunda, ya sea para bien o para mal, en la vida de los miembros individuales. El otro pierde su connotación de inestabilidad, como ocurre hoy en la mayor parte de los ambientes sociales, y no solamente en los digitales: basta cambiar de canal, de amistades, de partido... Cuando se busca solamente a los que se nos asemejan se tiende a evitar el ponerse cara a cara ante la alteridad y la vida se transforma en una gran sala de espejos, o de ecos. En la familia el otro no puede ser anulado. La familia – heterosexual y reproductiva – es una escuela especializada en educación a la alteridad. No es solamente un recurso, sino también una fuente que alimenta la sociabilidad entre personas diferentes sin fagocitar las diferencias. La misma paternidad y maternidad – entendida como apertura a la trascendencia del hijo- implica alteridad y amor sin preferencia.

La familia en el centro del desarrollo

Parece fácil olvidar que la familia – como la historia lo demuestra – ha hecho posible lo que hoy llamamos *desarrollo*. De hecho, en las culturas en las que la doble dimensión constitutiva de la familia – la sexual y la generacional- no ha sido reconstituida, el desarrollo ha sido mucho más difícil. En los países donde no se ha estructurado la responsabilidad masculina en todo lo que concierne a los hijos por ejemplo, el proceso de desarrollo social ha sido penalizado sobre todo en el ámbito de las mujeres y menores. O también, cuando se mira la educación de los hijos, la constitución de los patrimonios familiares, la creación de las empresas, el rol de asistencia recíproca entre los miembros de la familia (especialmente en todo el eje generacional). En resumidas cuentas, la familia, en su calidad de plexo sexual y simbólico, ha conseguido mantener unidas las delicadas dimensiones relacionales con las complejas funciones sociales, permitiendo así el desarrollo social en todo su conjunto.

Se debe subrayar otro aspecto: la familia, integrándose con otras familias, está históricamente al origen de la ciudad (que nace justamente como alianza de familias) y sucesivamente de la ciudadanía, a partir del reconocimiento del valor de cada individuo. Gracias a su capacidad de entrelazar relacionales, la familia ha inspirado la misma construcción de alianza entre los pueblos. Se puede ver una

línea roja que atraviesa la sociedad y que une la familia biológica con la familia de las naciones. En resumidas cuentas, sin la capacidad de auto organización que caracteriza a la familia, el desarrollo económico y político, tal y como lo conocemos, muy difícilmente hubiese podido tener cabida.

La mutación de las formas de la familia en el tiempo

En una reflexión en la que se abarcan todos los campos de la familia no debe ser infravalorado el hecho que, en el transcurso del tiempo, la familia se ha organizado según *formas históricas muy diversas*, siempre dentro de sus dos dimensiones constitutivas, la generacional y la sexual, cada una de ellas ha tenido sus límites y sus problemas. La historia demuestra a lo largo de los siglos, que la familia ha aprendido a respetar la libertad individual y a crear condiciones de un cada vez más efectivo respeto recíproco. Podríamos decir que la familia se ha ido “purificando”. Particularmente, las relaciones entre los miembros de la familia se han liberado de la idea de poseído o de la asunción acrítica de los modelos de desigualdad dados por descontado en el contexto social circundante. Basta con pensar en la relación masculino/femenino o padre/hijo, que han sufrido en el tiempo profundas reelaboraciones que han hecho crecer a la familia, haciéndola mejor y más adaptada al avance del desarrollo. En esta historia- sería oportuno examinarla- el aporte del cristianismo ha sido extraordinario, basta solo pensar en la revolucionaria concepción de la paridad de los cónyuges que el cristianismo introdujo en el imperio romano, o también en el compromiso para superar los confines familiares para concebir más ampliamente la familia en relación con la universalidad de la visión cristiana.

Sin embargo, a pesar de los múltiples cambios ocurridos en la historia, la familia permanece como una dimensión irrenunciable de la sociedad. En todo caso creo que es necesario favorecer la creación de un modelo renovado de familia: pienso, por ejemplo, en una familia más consciente, más respetuosa de su relación con el ambiente circundante, más atenta a la calidad de las relaciones internas, más interesada y más capaz de vivir con otras familias. En resumidas cuentas, si por una parte hay menos familias, en sentido cuantitativo, por otra parte se necesitan más familias, en sentido cualitativo. No se ha encontrado ninguna otra vía para la plena *humanización* de los que nacen a la vida. Por este motivo todos

deberíamos ser muy cautos a la hora de debilitar esta unidad fundamental que sigue siendo el dintel de la vida social, y que puede evitar las desviaciones inhumanas de una sociedad híper técnica e híper individualista. La familia continua siendo – podemos decirlo a pesar de sus defectos y límites- el lugar de la vida, del misterio del ser, de la prueba y de la historia. Su unicidad la hace ser un increíble e insustituible “patrimonio de la humanidad”.

La responsabilidad de la Iglesia de comunicar el Evangelio de la Familia

El Papa Francisco, consciente de tan alta vocación y misión de la familia, ya sea en la Iglesia como en la sociedad, ha convocado el Sínodo de los Obispos. Ha querido que se desarrollara en dos etapas con una previa y amplísima consultación, para favorecer una profundización que incluyera no solamente la doctrina sino también de la realidad de la familia contemporánea y que tomase sobre sus hombros todas sus angustias y esperanzas. Tomando como referencia la parábola del evangelio, el Papa Francisco quiere alejar la tentación de pasar de largo y no detenerse ante el hombre malherido, como hicieron el sacerdote y el levita, sino que como aquel samaritano, se quiere acercar, curar las heridas y cargar sobre su propia montura a este hombre medio-muerto para conducirlo a la posada y procurarle los cuidados necesarios cargando todo a su cuenta como si fuese un pariente cercano, un familiar suyo.

El Papa es consciente que la crisis cultural que esta afectando a la familia interpela a la ininterrumpida tradición cristiana, basada en la Palabra de la Creación de Dios, sellada por el Señor Jesús (Mt 19, 4-6), la convicción de la justicia y de la belleza de la concertación de la alianza creatural de Dios con la alianza generativa del hombre y de la mujer. Tal tradición es testimoniada todavía hoy en día por millones y millones de familias que – a menudo olvidadas y humilladas - mantienen literalmente en vida, a costa de no pocos sacrificios, tanto a la Iglesia como a la sociedad. La familia - y este es el centro de la tradición cristiana - sigue siendo una buena noticia y los cristianos están llamados a vivir y a dar testimonio de esta buena noticia al mundo entero, para que todos puedan a su vez experimentar su fuerza y su belleza.

Toda la comunidad cristiana debe de ser consciente de este gran tesoro de amor que Dios ha dado a su Iglesia. No se trata tanto de una doctrina como de una

realidad que se da y que se ha de recibir. Pero es sumamente importante que los cristianos, en particular los esposos y las familias cristianas, vivan este tesoro y lo hagan resplandecer como una realidad bella y apasionante, a pesar de las dificultades y de los problemas que se encuentran en la vida. En un mundo marcado por la soledad y por la violencia, el matrimonio y la familia cristiana son una “buena noticia” para realizar un nuevo humanismo del que la sociedad contemporánea tiene tanta necesidad. Por otra parte, el momento es favorable, no porque sea fácil el comunicar esta noticia, sino porque es la única respuesta verdaderamente eficaz a la necesidad de amor que surge en cualquier parte del mundo.

Las familias cristianas, a pesar de todas las debilidades que marcan sus vidas, ofrecen muchas historias de fidelidad a Dios, a veces marcadas por el heroísmo. Estas historias familiares hacen que mundo y la misma Iglesia continúen, literalmente vivos, de generación en generación. Las familias cristianas demuestran que la vocación del hombre y de la mujer al matrimonio y a la familia realizan una alianza extraordinaria, en ella la atracción mutua se convierte en transmisión del don de la vida y en un compromiso para custodiar la vida, para hacerla crecer y para acompañarla con amor durante todo el tiempo, en armonía con la creación de Dios y con su Palabra. Cada vez que nace un niño, una niña, la familia abre para la sociedad el lugar y el tiempo para aprender una renovada amistad y benevolencia entre las personas.

Hacia una mas profunda cultura teológica de la familia

La crisis que la familia de hoy en día está atravesando requiere una nueva reflexión y un nuevo impulso por parte de la Iglesia. Esta es la razón profunda del Sínodo que estamos celebrando. Se trata de promover a todos los niveles una nueva cultura del matrimonio y de la familia, a partir de la misma reflexión teológica y pastoral. Creo que ante todo se deba releer con mayor profundidad, intelectual y espiritual, la integra revelación del acto creador de Dios en la óptica bíblica: el momento en el que se le confía a la familia el cuidado de la creación y de la historia del ser humano.

En la narración bíblica de la creación se confirma inmediatamente la superación del individualismo que lleva a encerrarse en sí mismo. El autor sacro

nos muestra como Dios mismo, después de haber creado Adán, dice: "No es bueno que el hombre esté solo"(Gn 2,18). El hombre tal y como había salido de sus manos no estaba bien. Y creó a la mujer, una compañía que fuera "adecuada". El corazón de esta historia es evidente: la vocación del hombre no es la soledad, sino la comunión. Todo hombre necesita al otro, necesita que otro lo complete. No puede existir por sí solo. En la narración del capítulo uno (Gn 1,27) el autor sacro subraya esta dimensión comunal cuando escribe: "Creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó". La persona humana, desde sus orígenes, no es un individuo, sino un "nosotros": el yo y el otro son complementarios entre sí. El yo sin el otro no es una imagen plena de Dios, que es el "nosotros", la unión complementaria entre el hombre y la mujer. La misma creación, pues, niega la autosuficiencia, mientras que lleva escrita la necesidad del "nosotros", de la comunión, y la familia es su arquetipo.

El Señor confía a esta primera familia el cuidado de la creación y la multiplicación de la generación y de las relaciones hasta los confines de la tierra. Es una alta vocación y una misión universal, estas hacen que el amor conyugal se oriente hacia una dinámica que logre superar los estrechos confines de la familia biológica. Sin embargo, la cultura individualista post-moderna induce justamente a lo contrario, es decir, a ocultar esta vocación en una espiral individualista. En efecto, se presta mucha atención a las dinámicas psíquicas de la pareja (encantamiento erótico, complicidad sexual, gratificación recíproca) y se posponen los efectos de la madurez espiritual y humana inscritos en el amor conyugal y en el proyecto familiar. Incluso la catequesis cristiana ha sido influenciada, llegando incluso a una restringida interpretación de la imagen paulina del amor entre Cristo y la Iglesia. Pero si el vínculo matrimonial y la dimensión generativa se encierran en los estrechos confines de la pareja y de la familia biológica, inevitablemente se deterioran espiritualmente, eclesialmente y socialmente. Una buena parte de la crisis contemporánea – y no solo en el ámbito familiar - se debe a este retraimiento familiar.

Ya estas breves referencias nos muestran cuan necesario es una profundización y también un diálogo entre la tradición cristiana y las sugerencias de la sociedad contemporánea (pienso en una mayor concientización de la dignidad que el hombre y la mujer tienen de su subjetividad), sin condenarles, sino más bien incentivándolos a entrar en un círculo virtuoso que les ayude a descubrir las

potencialidades positivas. Es un trabajo cultural que solicita el empeño de los laicos creyentes, que hasta ahora podrían estar asustados por la crisis del matrimonio o de la familia. La crisis de la familia, sobre todo en los contextos económicamente difíciles, significa disgregación de la sociedad, el fin de toda tentativa educativa, siendo la familia la única institución que implica, potencialmente, a todas y a cada una de las edades. La Iglesia ha de emplear todas sus energías para actuar con valor en este campo, admitiendo a su vez los no pocos errores y los retardos acumulados. El mismo *Istrumentum laboris* del Sínodo Extraordinario ha mostrado la preocupante distancia que hay entre el magisterio y el comportamiento de los fieles. Una distancia que pide todavía hoy el ser bien estudiada y comprendida, so pena de retrasos imperdonables. El Espíritu del Señor no deja de actuar en la historia humana incluso más allá de los confines de la comunidad cristiana.

Sínodo, divorciados vueltos a casar y personas de orientación homosexual

El Sínodo Extraordinario ha solicitado una mayor audacia y creatividad para afrontar los grandes temas de las familias. Ha sido subrayado en el Mensaje final el valor del testimonio de tantas familias cristianas que viven con generosidad su misión. Además se ha dedicado una mayor atención a acompañar a las familias “heridas”: separados, divorciados no casados de nuevo, divorciados casados de nuevo, familias mono parentales. El Papa Francisco ha hablado también de un arte del acompañamiento que hay que aprender y practicar. A estas familias no solo les hemos de ayudar a encontrar el camino de la curación, sino también a testimoniarles la indispensabilidad de la familia. En tal horizonte – a la luz de la pedagogía divina- el texto sinodal exhorta a los creyentes a acoger los “signos de la familia” incluso allí dónde las uniones entre hombre y mujer no alcanzan su plena realización, como en los matrimonios civiles o en las convivencias estables.

Dos cuestiones han causado revuelo en la opinión pública durante el Sínodo. La primera contempla el acceso a los sacramentos por parte de los divorciados casados de nuevo (n. 52 documento final). Este no es el momento de volver a abordar el debate. Pero en el texto se pide “profundizar la cuestión”. Obviamente el punto central común ha sido la firmeza para afirmar la indisolubilidad del matrimonio. La invitación para proseguir la reflexión requiere – y según mi punto

de vista no ha sido suficientemente subrayado – una conversión pastoral, es decir, un compromiso mucho más cuidadoso para acoger las personas que viven en tales situaciones. Se ha de tener presente que no se trata de una categoría de personas, sino más bien de fieles que viven situaciones de ruptura y de dolor. Y por lo tanto personas que necesitan ayuda, sobre todo aquellas que han sido abandonadas. Y la primera ayuda es poder sentir el amor de la comunidad cristiana que las estrecha entre sus brazos, que les cura las heridas y que las acompaña en el crecimiento de la vida cristiana. La comunidad cristiana es el primer “cuerpo de Cristo” del que han de alimentarse. No debemos caer en la tentación de encontrar una regla que nos excuse y nos permita ahorrarnos el trabajo de estar junto a ellos con amor. En lo concerniente a los Sacramentos hemos recibido una invitación para ahondar en el tema. Por mi parte, desde hace ya tiempo he preparado una reflexión con los teólogos y los pastores que permite individualizar cada camino personal.

La otra cuestión concierne las uniones homosexuales. El Sínodo ha aclarado, sin dejar lugar a las dudas, que no es posible inscribirlos en el horizonte matrimonial y familiar que presupone la diversidad entre hombre y mujer y la indispensable dimensión generacional. En lo que se hace hincapié, es en la práctica de una preparación para acogerlos que descarte definitivamente toda marginalización o, peor aún, hostilidad. Sin embargo, me parece excesiva la insistencia sobre este tema del que el Papa Francisco ya ha hablado lo suficientemente claro. Otros temas que requieren más atención no han sido lo suficientemente abordados.

Entre estos temas nos encontramos con la cuestión femenina. La elaboración de una nueva cultura de la familia no es posible sin implicar a las mujeres: ellas no aceptarían algo de lo que no formaran parte, y parte constructiva. Por otro lado son ellas las que se encuentran en el centro de la cultura del otro que está a la base de toda forma de vínculo familiar. Son las primeras en ponerla en práctica, con los hijos, como también fueron ellas las primeras en rechazarla a causa de un malentendido sentido de emancipación. Sin una activa presencia femenina en la elaboración de una nueva pastoral familiar nuestro trabajo sería inútil. En su mayoría, hoy en día son las mujeres las que se van, las que deshacen los lazos familiares, pero son siempre ellas las que sostienen el peso del trabajo para cuidar a los niños, enfermos, ancianos. Es habitual el ver a los hombres huir ante las responsabilidades. Es realmente difícil hablar de la

familia sin reconocer la importancia de las mujeres, sin escuchar lo que tienen que decir al respecto.

Una nueva pastoral de la familia

El Sínodo requiere un replanteamiento de la pastoral familiar o mejor, a inspirar en sentido familiar toda la pastoral de la Iglesia. Esto ha de hacerse a partir de la preparación de los jóvenes al matrimonio para luego poder acompañar los primeros años de la nueva familia con la inserción de esta en la vida de la Comunidad cristiana y la concientización de la responsabilidad de la iniciación cristiana de los hijos y de la centralidad de la Eucaristía dominical, lugar dónde se edifica la “Familia de Dios”. Gracias a estas referencias se comprende la indispensable relación entre la familia y la comunidad cristiana. Hoy en día encontramos un alejamiento recíproco y se requiere una osmosis: más familiaridad en la comunidad cristiana y más eclesialidad en la familia. San Juan Crisóstomo había intuido la correlación entre la familia y la comunidad cristiana. Habla de la familia como “iglesia de la casa” (doméstica) uniéndola a la “iglesia de la ciudad”. Una tiene necesidad de la otra. Y ambas están inervadas por aquel amor que lleva a no encerrarse en sí mismo y a amar también a los demás.

Si es cierto que “no es bueno que el hombre esté solo”, es igualmente cierto que “no es bueno que la familia esté sola”. Desgraciadamente en la actualidad la familia ordinariamente es abandonada por las instituciones en el mar agitado de la vida. Frecuentemente olvidada, explotada y también golpeada. De otra parte existe el riesgo de las familias a encerrarse en sí mismas. Es indispensable promover una cultura del amor como don, como servicio a los demás. Tampoco la familia debe vivir sólo para sí misma, sino para la edificación de un más allá. La familia tiene necesidad de la *communitas* para no estar a merced del individualismo.

He mencionado la necesidad de un dialogo con las novedades de la sociedad de hoy (pienso, por ejemplo, en la mayor conciencia de la dignidad que el hombre y la mujer tienen de su subjetividad, o también de la valorización de la mujer en la vida de la Iglesia), sin ser esclavos de ello, para elaborar una más rica cultura del matrimonio y de la familia, como ya dije. Hay también no pocas cuestiones de orden cultural y político que no podemos dejar de afrontar. Pienso, por ejemplo,

en la cuestión de la identidad de género, o sea, de lo que significa ser un hombre y ser una mujer. La destrucción de la especificidad sexual, propuesta por la cultura de género, que triunfa hoy en todos los contextos internacionales, tiene que encontrar por nuestra parte respuestas que sean claras y convincentes. Es, pues, decisivo, el tema de la transmisión cultural entre las generaciones, y por lo tanto también la transmisión de la fe. Sin familia – y sin las mujeres en particular – es imposible transmitir la fe a la generación que viene.

Otros temas que tendrían que ser inscritos en una pastoral familiar que quiere estar más atenta a la realidad contemporánea, son por ejemplo los derechos de la familia, los derechos inter generacionales, que comprenden los derechos de los niños y los de los ancianos, de los enfermos, el derecho al trabajo, al descanso, etcétera. Es un campo vasto y complejo que pide intervenciones culturales y políticas además de espirituales. Tiene que surgir una sabiduría nueva, una fuerza nueva, que promuevan y defiendan el matrimonio, la familia y la vida. Si somos capaces de dirigir juntos este movimiento de promoción y defensa del matrimonio y de la familia, podremos implicar también a las tradiciones religiosas, empezando por el hebraísmo y continuando con los honestos humanistas, para que este patrimonio común de la humanidad pueda ayudar a los pueblos mismos a ser una familia donde sus diferentes miembros sepan convivir en paz.

Conclusión

Como conclusión querría subrayar que en el *kairos* presente, la Iglesia lleva sobre sus hombros la responsabilidad de mostrar al mundo que el vínculo estable y generativo del hombre y de la mujer construye realmente comunidades humanas a la altura de lo humano, y hace circular dimensiones afectivas y responsabilidades con lazos que no se podrían crear de otra manera. Es por tanto decisivo el contrastar la desviación de una adaptación de la Iglesia a la ideología moderna de la *sociedad del individuo*. He mencionado las considerables batallas que quedan por librar. Pero el punto central que hay que abordar es el modo en el que la transmisión de la vida influye en la percepción de la vida: es decir, transmitir a las generaciones el respeto hacia el misterio del amor desde su origen hasta su último destino, inscrito en la intimidad del Dios trinitario.

La respuesta nos es dada gracias a una nueva primavera de las familias cristianas, tanto de las que gozan de buena salud como de las que están heridas, ayudadas y capacitadas para salir gozosamente de todo confinamiento que las pueda encerrar en ellas mismas, para ponerse, si se puede decir así, “en estado de misión”, es decir en actitud de compartir familiarmente sus bienes, bajo el signo de la fe. El vínculo de las familias con la comunidad eclesial – aún demasiado frágil como he dicho anteriormente – es determinante. En la fragmentación humana de hoy en día, se da un nuevo impulso a la misión eclesial. Solamente comunidades y familias vivas y vitales custodian este “gran misterio”, con respecto a “Cristo y a la Iglesia”, del que habla el Apóstol (Ef. 5, 21). El horizonte se amplía: se necesita una nueva pastoral familiar o, mejor aún, “inspirar en sentido familiar a toda la vida de la Iglesia”, para que sea cada vez más “Familia de Dios” y fermento que ayude a la humanidad a ser una “familia de pueblos”.